

ellos flores, y toda clase de hortalizas. Todos los días del año, al salir el sol, se ven llegar por el canal, a la gran plaza de aquella capital, innumerables barcos cargados de muchas especies de flores, y otros vegetales, criados en aquellos huertos. En ellos prosperan todas las plantas maravillosamente, porque el fango del lago es fertilísimo, y no necesita del agua del cielo. En los huertos mayores suele haber arbustos, y aun una cabaña para preservarse el dueño del sol, y de la lluvia. Cuando el amo de un huerto, o, como ellos dicen, de una *chinampa*, quiere pasar a otro sitio, o por alejarse de un vecino perjudicial, o para aproximarse a su familia, se pone en su barca, y con ella sola, si el huerto es pequeño, o con el auxilio de otras si es grande, lo tira a remolque, y lo conduce donde quiere. La parte del lago donde estan estos jardines es un sitio de recreo, donde los sentidos gozan del mas suave de los placeres.

#### Modo de cultivar la tierra.

Después que los Mexicanos sacudieron el yugo de los Tapanques, empezaron con sus conquistas a adquirir tierras de labor, y se aplicaron con extraordinaria diligencia a la agricultura. No teniendo ni arados, ni bueyes, ni otros animales que emplear en el cultivo de la tierra, suplían su falta con la fatiga, y con algunos sencillos instrumentos. Para cavar o menear la tierra se servían del *coatl*, o *coa*, instrumento de cobre con el mango de madera, pero muy diferente de la azada, y del azadon. Para cortar los arboles empleaban una hoz o segur tambien de cobre, de la misma forma que la nuestra, con un ojo o anillo del mismo metal en que se encajaba el mango de madera. Tenían sin duda otros instrumentos rurales: pero el descuido de los escritores antiguos nos ha privado de los datos necesarios para describirlos.

Para regar los campos se servían de las aguas de los rios, y de azequias que bajaban de los montes, con diques para detener el agua, y conductos para dirigirla. En los sitios altos, y en las pendientes de los montes no sembraban todos los años, sino que dejaban reposar la tierra, hasta que se cubriese de yerbas, para quemarlas, y reemplazar con sus cenizas las sales arrebatadas por las lluvias. Cercaban los campos con tapias de piedra, o con vallados de maguei, que son excelentes para aquel objeto, y en el mes de *Panquetzaliztli*, que empezaba, como hemos dicho, en 3 de Diciembre, los reparaban si era necesario.

El modo que entonces tenían, y aun conservan ahora en algunas

partes, de sembrar el maiz, era como sigue: hace el sembrador un pequeño agujero en la tierra con la punta de un baston endurecida al fuego, y echa en él uno o dos granos de maiz, de una espuerta que le cuelga al hombro, y lo cubre con un poco de tierra, sirviendose de sus pies para esta operacion. Pasa adelante, y a cierta distancia, que varía segun el terreno, abre otro agujero, y así continúa en línea recta hasta el termino del campo, y de allí vuelve, formando otra línea paralela a la primera. Estas líneas son tan derechas como si se hubieran hecho a cuerda, y la distancia de una a otra planta tan igual, como si se hubiera empleado un compas o medida. Este modo de sembrar, apenas usado en el dia por algunos Indios, aunque lento, es muy ventajoso\*, porque proporciona con exactitud la cantidad de grano a las fuerzas del terreno, y no ocasiona además el menor desperdicio de semilla. En efecto, los campos cultivados de aquel modo dan cosechas abundantes. Cuando la planta llega a cierta elevacion, le cubren el pie con un monton de tierra, para que tenga mas jugos, y pueda resistir al viento.

Las mugeres ayudaban a los hombres en las fatigas del campo. A los hombres tocaba cavar, y preparar la tierra, sembrar, y cubrir las plantas, y segar; a las mugeres deshojar las mazorcas, y limpiar el grano. Aquellos y estas se empleaban igualmente en escardar, y desgranar.

#### Eras, y Graneros.

Tenían eras para deshojar, y desgranar las mazorcas, y graneros para guardar el grano. Estos eran cuadrados, y por lo comun, de madera. Servíanse para esto del *ojametl*, arbol altísimo, de pocas ramas, y estas muy delgadas, de corteza tenue, y lisa, y de contestura flexible, pero difícil de romperse, y rajarse. Formaban el granero, disponiendo en cuadro, unos sobre otros, los troncos redondos e iguales del *ojametl*, sin otra trabazon que una especie de horquilla en su estremidad, para ajustarlos, y unirlos tan perfectamente, que no dejasen paso a la luz. Cuando llegaban a cierta altura, los cubrían con otra trabazon de pinos, y sobre ella construían el techo, para defender el grano de la lluvia. Estos graneros no tenían otra salida que dos solas ventanas, una pequeña en la parte inferior, y otra grande en la superior. Los había tan espaciosos que podían contener cinco mil, seis mil, y aun mas fanegas de maiz. Hai todavía de estos graneros en algunos puntos distantes de la capital, y entre ellos

\* La lentitud no es tanta como parece: pues los labradores acostumbrados a aquel ejercicio lo hacen con admirable velocidad.

algunos tan antiguos, que parecen eonstruidos antes de la conquista, y segun me ha dicho un agricultor inteligente, en ellos se conserva mucho mejor el grano, que en los que se acostumbran hacer en Europa.

Cerca de los sembrados solian hacer unas torrecillas de madera, ramas y esteras, en las que un hombre al abrigo del sol, y de la lluvia, estaba de guardia, y echaba con la honda a los pajaros que acudian a comer el grano. Aun se usan estos sombrajos en los campos de los Españoles, por causa de la abundancia de pajaros que hai en aquellos paises.

#### *Huertos, Jardines, y Bosques.*

Los Megicanos eran mui dados a la cultura de los huertos, y jardines, en los que plantaban con buen orden arboles frutales, plantas medicinales, y flores, de que hacian gran uso, no solo por la gran aficion que les tenian, si no por la costumbre nacional de presentar ramilletes a los reyes, señores, y embajadores, ademas de la exesiva cantidad de ellas que se consumia tanto en los templos como en los oratorios privados. Entre los huertos, y jardines antiguos de que se conserva memoria, eran mui célebres los jardines reales de Megico, y Tezcuco, de que ya hemos hecho mencion, y los de los señores de Iztapalapan, y Huajtepec. Uno de los pertenecientes al señor de Iztapalapan llenó de admiracion a los conquistadores Españoles, por su grandeza, su disposicion, y su hermosura. Estos jardines estaban divididos en cuadros, y en ellos se sembraban diferentes especies de plantas, dando no menos placer al olfato que a la vista. Entre los cuadros habia calles formadas las unas de arboles frutales, las otras de espaleras de flores, y plantas aromaticas. El terreno estaba cortado de canales, cuya agua venia del lago, y en uno de los cuales podian navegar canoas. En el centro del jardin habia un estanque cuadrado tan grande, que tenia mil y seiscientos pies de circuito, o sea cuatrocientos de cada lado, donde vivian innumerables pajaros acuaticos, y en los lados habia escalones para bajar al fondo. Este jardin, de que hacen mencion como testigos oculares Cortés, y Diaz, fue plantado, o mejorado a lo menos por Cuitlahuatzin, hermano, y sucesor de Moteuczoma II. En él hizo plantar muchos arboles exóticos, como lo testifica el Dr. Hernandez que lo vio.

Mayor y mas célebre que el de Iztapalapan fue el jardin de Huajtepec. Tenia seis millas de circuito, y por en medio de él pasaba un rio que lo regaba. Habia plantadas con buen orden y

simetria innumerables especies de arboles, y plantas deliciosas, y de trecho en trecho muchas casas llenas de primores, y preciosidades. Entre las plantas se veian muchas que se habian traido de paises remotisimos. Conservaron por muchos años los Españoles esta bella hacienda, y en ella cultivaron toda especie de yerbas medicinales convenientes al clima, para el uso del hospital que en ella habian fundado, y en qué sirvio muchos años el admirable anacoreta Gregorio Lopez\*.

Ni cuidaban con menor celo de la conservacion de los bosques, que suministraban leña para quemar, madera de construccion, y caza para el recreo del monarca. Ya he hablado de los bosques de Moteuczoma, y de las ordenanzas de montes de Nezahualcoyotl. ¡Ojala subsistiesen aquellas leyes, o a lo menos, ojala no hubiera tanta libertad de cortar arboles, sin necesidad de reponerlos! porque muchos, prefiriendo su utilidad privada al bien publico, destruyen sin necesidad el arbolado, para ensanchar sus tierras de labor†.

#### *Plantas cultivadas por los Megicanos.*

Las plantas que mas comunmente cultivaban los Megicanos ademas del maiz, eran el algodón, el cacao, el *metl* o maguei, la chia, y el pimenton, todas las cuales les daban grandes utilidades. El maguei suministraba por si solo casi todo lo necesario para la vida de los pobres. Ademas de servir de exelente cercado para las sementeras, su tronco se empleaba en los techos de las chozas, como bigas, y sus hojas como tejas. De estas hojas sacaban papel, hilo, agujas, vestido, calzado, y cuerdas, y de su abundantísimo jugo hacian vino, miel,

\* Cortés en su carta a Carlos V, del 15 de Mayo de 1522, le dice que el jardin de Huajtepec era el mayor, el mas bello, y el mas delicioso que habia visto en su vida. Bernal Diaz asegura que era maravilloso, y digno de un principe. Hernandez lo menciona muchas veces en su Historia Natural, y nombra algunas plantas que en él se criaban, especialmente el arbol del balsamo. El mismo Cortés en otra carta refiere que habiendo rogado a Moteuczoma mandase hacer en Malinaltepec una casa de campo para Carlos V, apenas pasaron dos meses cuando ya se habian construido en aquel punto cuatro buenas casas, sembrado sesenta fanegas de maiz, y diez de judias, plantado dos mil pies de cacao, y abierto un gran estanque, donde se criaban quinientos patos, y en las casas mil y quinientos pabos.

† En muchos pueblos se deploran ya los perniciosos efectos de la libertad de cortar arboles. La ciudad de Queretaro se proveia antes de la madera necesaria, en el bosque inmediato al monte *Cimatario*. Hoi es menester ir mucho mas lejos, por estar aquel monte enteramente desnudo.

azucar, y vinagre. Del tronco, y de la parte mas gruesa de las hojas, cocidos debajo de tierra, sacaban un manjar agradable. En aquella planta tenian finalmente un eficaz remedio para muchos males, y especialmente para los de la orina. Aun en el dia es uno de los productos mas apreciados, y mas ventajosos a los Españoles, como despues veremos.

#### *Cria de Animales.*

Aunque los Megicanos no conocian el ramo del pastoreo, accesorio de la agricultura, por carecer enteramente de rebaños, criaban en sus casas innumerables especies de animales desconocidos en Europa. Los sugetos particulares tenian *techichis*, cuadrupedos semejantes, como ya hemos dicho, a los perros de Europa, pabos, codornices, anades, patos, y otras especies de pajaros; los ricos y señores, ademas de las aves, peces, ciervos, y conejos, y en las casas reales se veian casi todos los cuadrupedos, y animales volatiles de aquellos paises, y muchos de los acuaticos, y reptiles. Puede decirse que Moteuczoma II, sobrepujó en esta clase de magnificencia a todos los reyes del mundo, y que no ha habido nacion comparable a la Megicana en la destreza con que sus individuos sabian cuidar tantos animales diferentes, y en el conocimiento de sus inclinaciones, del alimento que a cada uno convenia, y de los medios mas oportunos de mantenerlos, y propagarlos.

Entre los animales que los Megicanos criaban, ninguno es mas digno de atencion que el *nochiztli*, o cochinilla Megicana, descrita en el primer libro de esta obra. Este insecto tan apreciado en Europa, por su uso en los tintes, siendo por una parte tan delicado, y por otra tan espuesto a los ataques de muchas clases de enemigos, requiere en su crianza mucho mayor cuidado que la de los gusanos de seda. Hacénle igualmente daño la lluvia, el frio, y el viento. Los pajaros, los ratones, los gusanos, y otros animales lo persiguen con furia, y lo devoran: de modo que es necesario tener siempre limpias las plantas de opuncia o nopal en que los insectos se crian, alejar continuamente a los pajaros dañinos, hacer nidos de heno en las hojas de la planta de cuyo jugo se nutre la cochinilla, y quitarla de la planta, juntamente con las hojas, cuando viene la estacion de las lluvias, para custodiarla en las habitaciones. Las hembras antes de parir, mudan a piel, y para quitarles este despojo es preciso valerse de la cola del conejo, manejandola con mucha delicadeza, a fin de no quitar al insecto de la hoja, ni hacerle daño. En cada hoja hacen tres nidos, y

en cada nido ponen quince cochinillas. Cada año hacen tres cosechas, reservando en cada una cierto numero de insectos, para la generacion futura. La ultima cosecha es la menos estimada, por que la cochinilla es mas pequeña, y va mezclada con raspaduras de nopal. Matan comunmente al insecto en agua caliente, pero la calidad del color depende del modo de secarlo. La mejor es la que se seca al sol. Algunos la secan en el *comalli*, o tortera en que cuecen el pan de maiz, y otros en el *temazcalli*, o hipocausto de que despues hablaremos.

#### *Caza de los Megicanos.*

No hubieran podido los Megicanos reunir tantas especies de animales, a no haber sido diestrisimos en el egercicio de la caza. Servianse del arco, y flechas, de dardos, de redes, de lazos, y de cervatanas. Las cervatanas que usaban los reyes y los magnates, estaban curiosamente labradas, y pintadas, y aun guarnecidas de oro y plata. Ademas de la caza que hacian los particulares, para proveerse de viveres, o para su diversion, hacian otras generales, y extraordinarias, o prescritas por los reyes, o establecidas por costumbre para proporcionarse las victimas que habian de sacrificarse. Para esta se escogia un gran bosque, y por lo comun era el de Zacatepec, que estaba poco distante de la capital, y en él se señalaba el sitio mas oportuno, para tender los lazos, y las redes. Hacian entre muchos millares de cazadores, un gran cerco al bosque, a lo menos de seis u ocho millas de circunferencia, segun el numero de animales que deseaban coger; pegaban fuego, por diferentes puntos al bosque, y hacian al mismo tiempo un rumor espantoso de tamboriles, cornetas, gritos, y silvidos. Los animales espantados del fuego, y del ruido, huian acia el centro del bosque, donde estaban preparados los lazos. Los cazadores se encaminaban al mismo sitio, y continuando siempre el rumor, estrechaban el circulo, hasta dejar un pequenísimo espacio a los animales. Entonces los atacaban todos con las armas que llevaban apercebidas. De los animales, unos morian, y otros caian vivos en las redes, y lazos, o en las manos de los cazadores. Tan grande era la muchedumbre, y variedad de animales que se cazaban, que habiendolo oido decir el primer virrei de Megico, y no pareciendole creible, quiso hacer por si mismo la esperiencia. Señalose para la caza la llanura que está en el pais de los Otomites, entre los pueblos de Gilotepec, y San Juan del rio, y se dispuso que los Indios la hiciesen del mismo modo que en el tiempo de su gentilismo. El mismo virrei pasó a la llanura con gran sequito de Españoles, y para

su alojamiento se habian dispuesto algunas casas de madera. Once mil Otomites formaron un cerco de mas de quince millas de circunferencia, y hechas todas las operaciones que hemos descrito, resultó tanta caza en la llanura, que maravillado el virrei mandó dar libertad a una gran parte de los animales que se habian cogido, y sin embargo fueron tantos los que quedaron, que parecia inverosimil su numero, si no hubiera sido un hecho publico, y probado por el dicho de muchos testigos, y entre ellos uno digno de todo credito\*. Se mataron mas de seiscientas piezas entre ciervos, y cabras monteses, mas de cien coyotes, y un numero extraordinario de liebres, conejos, y otros cuadrupedos. Hasta ahora conserva aquel sitio el nombre Español de cazadero que entonces se le dio.

Ademas del modo ordinario de cazar, tenian otros particulares, y proporcionados a la naturaleza de los animales. Para cazar monos hacian fuego en el bosque, y ponian entre las brasas una piedra llamada por ellos *cacalotetl* (piedra negra, o del cuervo) la cual tiene la propiedad de estallar con gran estrepito, cuando está bien inflamada. Cubrian el fuego con tierra, y esparcian en torno un poco de maiz. Acudian atraidas por el grano las monas, con sus hijos en brazos, y mientras estaban tranquilamente comiendo, estallaba la piedra. Entonces echaban a correr las monas despavoridas, dejando a sus hijos en el peligro, y los cazadores que estaban en acecho, los tomaban antes que volviesen por ellos las madres.

Tambien es curioso el modo que tenian, y aun tienen de cazar patos. Hai en los lagos del valle, y en otros del reino, una multitud prodigiosa de patos, anades, y otros pajaros acuaticos. Dejan los Megicanos nadar en las aguas, a que ellos acuden, algunas calabazas vacias, para que acostumbrandose a su vista, se acerquen a ellas sin temor. Entraba el cazador en el agua, ocultando todo el cuerpo debajo de ella, y cubierta la cabeza con otra calabaza vacia; el pato se acercaba para picarla, y él lo cogia por los pies, y lo ahogaba. De este modo cazaba cuantos podia llevar.

Cogian vivas a las culebras, o atrayendolas con gran destreza, o atacandolas intrepidamente, cogiendolas por el cuello con una mano, y cosiendoles la boca con otra. Todavia se sirven de este genero de caza, y continuamente se ven en las boticas de las ciudades, muchas culebras vivas, cogidas de aquel modo.

Mas nada es tan maravilloso como su tino en seguir las fieras por la huella. Aunque no degen traza ninguna en la tierra, por estar

\* El P. Toribio de Benavente, o sea Motolinia.

esta cubierta de yerba, o de las hojas secas que caen de los arboles, pueden sin embargo seguirlas, especialmente si estan heridas, observando atentisimamente o las gotas de sangre que dejan en las hojas, o la yerba que han pisado, y abatido\*.

#### *Pesca.*

Mas que a la caza eran aficionados los Megicanos a la pesca, de resultas de la situacion de su capital, y de la proximidad del lago de Chalco, tan abundante en peces. En este egercicio se emplearon desde su llegada al pais, y con la pesca se proveian de todo cuanto necesitaban. Los instrumentos de que mas frecuentemente se servian, eran la red, el anzuelo, la nasa, y otros.

Cogian los cocodrilos de dos diferentes modos. El uno era enlazandolo por el cuello; y este era el mas comun, segun dice el Dr. Hernandez, aunque no esplica la manera de egecutar una accion tan arrojada, contra tan terrible animal. El otro modo, que aun está en practica, es el mismo de que se servian los Egipcios, contra los célebres cocodrilos del Nilo. Presentabase el pescador con un baston fuerte en la mano. Las dos puntas del baston eran agudisimas. Cuando la bestia abria la boca para devorarlo, le metia el baston en la boca, y yendo a cerrarla el cocodrillo, quedaba clavado por las dos puntas. El pescador aguardaba a que se debilitase con la perdida de sangre, y le daba muerte.

#### *Comercio.*

La pesca, la caza, la agricultura, y las artes, suministraban a los Megicanos otros tantos ramos de comercio. Empezaron a practicarlo en el pais de Anahuac, desde su establecimiento en las islas del lago de Tezcuco. Con el pescado, y con las esteras que hacian de los juncos del lago, compraban el maiz, el algodón, la piedra, la cal, y la madera de que necesitaban para su subsistencia, ropa, y habitaciones. A medida que se engrandecian con las armas, aumentaban, y ampliaban el comercio: asi que, limitado este al principio a los alrededores de la ciudad, se estendio despues a las provincias mas remotas. Habia infinitos traficantes Megicanos que iban continuamente de ciudad en ciudad, comprando generos en una, y vendiendolos en otra.

\* Aun es mas maravilloso lo que se ve en los Tarmaureses, en los Opates, y en otros pueblos, de mas allá del tropico, pues por la observacion de las pisadas de sus enemigos los Apaches, conocen el tiempo de su transito. Lo mismo se refiere de los Yucataneses.

En todos los pueblos del imperio Megicano, y del vasto pais de Anahuac habia mercado diario: pero de cinco en cinco dias tenian uno general. Los pueblos poco distantes entre si, celebraban este gran mercado en diferentes dias, para no perjudicarse unos a otros: pero en la capital se tenia en los dias de la casa, del conejo, de la caña y del pedernal, que en el primer año del siglo, eran el tercero, el octavo, el decimo tercio, y el decimo octavo de cada mes.

Para dar una idea de estos mercados, o ferias, tan celebres en los escritos de los historiadores Megicanos, bastará decir algo del de la capital. Este, hasta los tiempos de Ajayacatl, se habia hecho en la plaza que estaba delante del palacio del rei: pero despues de la conquista de Tlatelolco, se transportó a este barrio. La plaza de Tlatelolco, era, segun dice Cortés, dos veces mayor que la de Salamanca, una de las mas hermosas de España\*, cuadrada, y rodeada de porticos, para comodidad de los traficantes. Cada especie de mercancia se vendia en un sitio señalado por los jueces del comercio. En uno estaban las pedrerias, y las alajas de oro, y plata, en otro los tegidos de algodón, en otro las labores de plumas, y asi de lo demas, no siendo licito vender unos generos en los puestos destinados a otros. Como en la plaza, aunque grande, no podian colocarse todas las mercancías, sin estorvar el paso, y la circulacion, se dejaban en el canal, o en las calles inmediatas, las mas voluminosas, como las piedras, las bigas, y otras semejantes. El numero de mercaderes que concurría diariamente al mercado, pasaba, segun Cortés, de cincuenta mil †. Los renglones que allí se vendian, y permutaban, eran tantos, y tan varios, que los historiadores que los vieron, despues de haber hecho de ellos una larga, y prolija enumeracion, concluyen diciendo que era imposible comprenderlos todos. Yo, sin apartarme de su relacion, procuraré abrazarlos en pocas palabras, a fin de no causar molestia a los lectores. Iban a venderse o cambiarse en aquella plaza, todas las producciones del imperio Megicano, y de los paises vecinos, que podian servir a las necesidades de la vida; a la comodidad, al deleite, a la curiosidad, y a la

\* En tres ediciones de las cartas de Cortés que he visto se lee que la plaza de Tlatelolco era dos veces mayor que la ciudad de Salamanca, debiendo decir, que la plaza de la ciudad de Salamanca.

† Aunque Cortés afirma que concurrían diariamente a la plaza de Tlatelolco mas de 50,000 personas, parece que deba entenderse del gran mercado de cada cinco dias: pues el conquistador anonimo, que escribe con mas individualidad, dice que la concurrencia diaria era de 20, a 25,000, y la del gran mercado de 40, a 50,000, como dice Cortés.

vanidad del hombre; innumerables especies de animales muertos, y vivos; todas las clases de comestibles de que usaban; todos los metales, y piedras preciosas que conocian; todos los simples medicinales, yerbas, gomas, resinas, y tierras minerales; todos los medicamentos que sabian preparar, como bebidas, confecciones, aceites, emplastos, y ungüentos; todo genero de manufactura, y trabajo de hilo de magnei, de palma de monte, de algodón, de plumas, de pelo de animales, de madera, de piedra, de oro, de plata, y de cobre. Vendianse tambien esclavos, y barcas enteras de estiércol humano para preparar las pieles de los animales. En fin al mercado se llevaba todo lo que se vendia en la ciudad, pues no habia tiendas, ni se compraba nada fuera de aquel sitio, si no es los comestibles. Allí concurrían los alfahareros, y los joyistas de Cholula: los plateros de Azcapozalco; los pintores de Tezcoco; los zapateros de Tenayocan; los cazadores de Gilotepec; los pescadores de Cuitlahuac; los fruteros de los paises calientes; los fabricantes de esteras, y bancos de Quauhtitlan, y los floristas de Joquimilco.

#### Moneda.

El comercio no solo se hacia por medio de cambios, como dicen algunos autores, sino tambien por compra, y venta. Tenian cinco clases de moneda corriente, aunque ninguna acuñada, que les servian de precio para comprar lo que querian. La primera era una especie de cacao, diferente del que les servia para sus bebidas, y que giraba sin cesar entre las manos de los traficantes, como la moneda de cobre, o la plata menuda entre nosotros. Contaban el cacao por giquipilli, que, como ya hemos dicho, valia ocho mil, y para ahorrarse el trabajo de contar, cuando la mercancia era de gran valor, calculaban por sacos, estimando cada uno de ellos en valor de tres giquipillis, o veinte y cuatro mil almendras. La segunda especie de moneda consistía en unos pedazillos de tela de algodón, que llamaban patolcuachtli, y que casi unicamente servian para comprar los renglones de primera necesidad. La tercera era el oro en grano, contenido en plumas de anade, las cuales por su transparencia dejaban ver el precioso metal que contenian, y segun su grueso eran de mayor o menor precio. La cuarta, que mas se aproximaba a la moneda acuñada, consistía en unos pedazos de cobre, cortados en figura de T y solo servían para los objetos de poco valor. La quinta, de que hace mencion Cortés en sus cartas, eran unos pedazos de estaño.

Vendianse, y permutabanse las mercancías por numero, y por medida: pero no sabemos que se sirviesen de peso, o por que lo creyesen